

“No te olvides de la higuera maldecida”

Aprovéchame el tiempo. -No te olvides de la higuera maldecida. Ya hacía algo: echar hojas. Como tú... -No me digas que tienes excusas. -No le valió a la higuera -narra el Evangelista- no ser tiempo de higos, cuando el Señor los fue a buscar en ella. -Y estéril quedó para siempre. (Camino, 354)

11 de julio

Volvemos al Santo Evangelio, y nos detenemos en lo que nos refiere San

Mateo, en el capítulo veintiuno. Nos relata que Jesús, *volviendo a la ciudad, tuvo hambre, y descubriendo una higuera junto al camino se acercó allí.* ¡Qué alegría, Señor, verte con hambre, verte también junto al Pozo de Sicar, sediento! (...)

¡Cómo te haces entender, Señor!
¡Cómo te haces querer! Te nos muestras como nosotros, en todo menos en el pecado: para que palpemos que contigo podremos vencer nuestras malas inclinaciones, nuestras culpas. Porque no importan ni el cansancio, ni el hambre, ni la sed, ni las lágrimas... Cristo se cansó, pasó hambre, estuvo sediento, lloró. Lo que importa es la lucha -una contienda amable, porque el Señor permanece siempre a nuestro lado- para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos. (...)

Se llegó a la higuera, *no hallando sino solamente hojas.* Es lamentable esto.

¿Ocurre así en nuestra vida? ¿Ocurre que tristemente falta fe, vibración de humildad, que no aparecen sacrificios ni obras? ¿Que sólo está la fachada cristiana, pero que carecemos de provecho? Es terrible. Porque Jesús ordena: *nunca jamás nazca de ti fruto. Y la higuera se secó inmediatamente.* Nos da pena este pasaje de la Escritura Santa, a la vez que nos anima también a encender la fe, a vivir conforme a la fe, para que Cristo reciba siempre ganancia de nosotros. (*Amigos de Dios 201-202*)
